

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

MALES Y REMEDIOS DE LA ÉPOCA.

IX.

PREVENIR Y REFORMARSE.

¿Qué hacen entretanto los gobiernos? trocados en caudillos y considerando la sociedad como un campamento, perdida ya la esperanza de dispersar paulatinamente las facciosas turbas, aguardan con inquietud y aplazan por otra parte el día de la decisiva batalla. No reprobamos que la fuerza se rechace con la fuerza, y que se emplee la vigilancia contra sorpresas que sembrarian la desolacion aun cuando momentáneas; pero tememos, sí, que rodeados de aprestos militares y de planes belicosos, los gobiernos pierdan su carácter de pacífica dignidad y augusta soberanía contrayendo nuevos hábitos y carácter, y que solo atentos á combatir se olviden de gobernar. Tememos que fiándolo todo exclusivamente al apoyo de las armas, no descuiden el de los principios morales y el que les atraerian universalmente de parte de los pueblos la rectitud, la prudencia, los beneficios de su administracion (*). Tememos que la adhesion esclusiva á ciertos sistemas y recursos, la

(*) Permitaseme recordar que esta serie de artículos se escribió en 1850, cuando los gabinetes europeos, y en particular el de España representado militarmente por Narvaez y civilmente por Sartorius, demostraban olvidar las lecciones de los recientes conflictos, cuidando mucho de reprimir y muy poco de mejorar así económica como moralmente. Ahora olvidan así lo uno como lo otro.

hostilidad ó recelo respecto de las clases proletarias, la indiferencia en aliviar sus males y sufrimientos, el fatal descuido en abandonarlas á la corriente de toda mala doctrina y de toda mala pasion, los abusos y gravámenes inherentes á esta violenta tirantez, el choque de intereses puestos en lucha y que podrian y deberian marchar unidos, no aumenten y precipiten las escisiones que pretenden evitar, y que salgan de su impaciente quietismo falanges en masa cansadas de sufrir lo presente y tentadas de probar lo nuevo. ¿Aconsejaremos por esto á los gobiernos que capitulen con la revolucion ó que abduquen el poder, abandonando la sociedad á merced de los trastornos? Esto fuera imbécil cobardía y funestidad deplorable: pero entre luchar y ceder hay un medio mas enérgico que aquel, mas suave y pacificador que este; el medio es prevenir.

Las concesiones rara vez proceden de una voluntad libre y de una conviccion sincera, y arrancadas por la fuerza ó por el temor, humillan al que las hace y engrien al que las recibe, sufriendo á la vez los contrarios esfuerzos de los unos para ampliarlas, de los otros para restringirlas; la represion contiene el mal sin destruirlo, y aplazando sus resultados aumenta harto á menudo su violencia: solo un sistema preventivo que anticipe los remedios á las quejas, que satisfaga las necesidades verdaderas y las exigencias legítimas, que desvanezca los agravios y hasta en lo posible los pretestos mismos de acusacion, pue-

de atajar el mal en su origen y producir una tranquilidad duradera. El ceder es flaqueza á veces, el resistir á veces temeridad; el prevenir es siempre justo, siempre discreto, siempre oportuno. Los murmullos de los contrarios sirven comunmente de leccion mas provechosa que las lisonjas de los amigos; aprovéchense sus avisos, oponiendo virtudes á inculpaciones, beneficios á censuras. Hágase la guerra en fin, pero hágase en la esfera moral, donde el triunfo consiste en arrancar á los adversarios no las armas sino la razon, y en absorber digámoslo así todos los elementos de vida, de verdad y de bien que encierran sus ataques. Y ved ahí lo que los gobiernos por lo general no han querido comprender; han dicho «combatamos y luego reformaremos, salvemos la existencia física y despues mejoraremos la moral.» ¿Y cuándo necesitan mas de apoyo, de union, de crédito y simpatías que al emprender tan peligrosa campaña? ¿Cuándo les será mas urgente el identificarse con la sociedad que rigen? El bien que se proponen no debe ser un fruto de la victoria, sino un medio para conseguirla.

Lo mismo que á los gobiernos, decimos á los partidos, á las clases, á los individuos. La dolencia es social, es universal por tanto, está ya en las costumbres mas bien que en las leyes é instituciones; todos y cada uno en su esfera la acrecentamos, todos y cada uno la podemos remediar. Es menester salir del estrecho círculo de ideas, prevenciones y hábitos en que nos ha encerrado nuestra manera de existir, y buscar á nuestras convicciones una base mas segura, á nuestros sentimientos un foco mas vasto, á nuestras esperanzas un objeto mas elevado. Es menester desasirse de lo accidental y transitorio para adherirse con mas fuerza á lo inmutable, prescindir de lo secundario para concentrar los esfuerzos en defensa de lo principal, educarse en fin, como generacion destinada á rudos trastornos y vicisitudes, flexibles á todo huracan y sacudimiento, preparados á cualquiera situacion, y dispuestos á cumplir los deberes que ella nos imponga. Es menester oponer el espíritu de sacrificio al de egoismo y el de unidad al de

aislamiento, y estrechar mas y mas los vínculos sociales contra el socialismo que amenaza disolverlos. Es menester reprimir con el ejemplo esa avidez de poseer y esa ostentacion en el gozar, que cundiendo de clase en clase las empuja unas sobre otras para tragarse sucesivamente: es menester enseñar de un modo práctico, en la vida pública y en la privada, probidad, honradez, moderacion, amor al trabajo, ejemplos nunca mas oportunos y nunca mas escasos. Es menester en una palabra anticipar la santa fraternidad del evangelio á la igualdad aniquiladora del comunismo, su caridad vivificante á la yerta filantropía, su cariñosa y abundante beneficencia á los desastrosos ensayos de los innovadores. No recuerde una clase á otra sus respectivos deberes sino cumpliendo con los suyos propios; regenérense todas ante el comun peligro; y sea esta regeneracion sincera, completa, espontánea, perdiendo en las puras fuentes de la religion el carácter de cobarde miedo y de interesada hipocresía que pudiera desvirtuarla.

Temamos menos y prevengámonos mas; cuidemos algo mas de los actuales deberes, y no tanto de los futuros acontecimientos. Si aguardan á la sociedad nuevas formas y principios nuevos, no serán ciertamente los que predicán esos apóstoles delirantes, con los cuales fuera incompatible el gobierno, la familia y hasta la existencia individual. La humanidad no puede suicidarse, reduciéndose á un estado de barbarie tal, que en su comparacion la horda mas salvaje pasaria por nacion civilizada; el pensamiento, por mucho que se embrutezca no puede sumirse tan hondamente en el caos de los absurdos. Cuanto mas violenta fuere su accion, tanto será menos duradera; cuanto mas exagerados menos realizables sus proyectos. Concebid el trastorno y la confusion mas espantosa; aun entonces la autoridad brotará de la anarquía, la propiedad del despojo, la religion del ateísmo, porque estos principios son inmortales, son leyes de la naturaleza y esencia misma del sér humano. Pero el cristianismo, que tantas veces ha salvado al mundo de iguales y tal vez mayores cataclismos, no aguardará

para resucitarle á que se haya disuelto en el sepulcro; él que ha amparado á pueblos contra pueblos, á razas contra razas, á fieles contra idólatras, amparará también á clases contra clases, á partidos contra partidos, á hermanos de religion y de patria contra hermanos suyos aunque apóstatas y desnaturalizados. Los vencedores cualesquiera sean tendrán necesidad de orden, de seguridad y de gobierno; y de cada dia se revela con mayor evidencia cuan inseparables son del espíritu católico estos elementos. Ante la majestad y fuerza divina del catolicismo, por feroces y poderosos que sean, se arredrarán como Atila, se bautizarán como Clodoveo, llamarán á las puertas del templo como Napoleon.

J. M. Q.

LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS SOCIALMENTE CONSIDERADAS.

II.

SIN ESPERANZA NO HAY DICHA.

El desorden intrínseco, que experimentamos en el hombre y que hace de él un misterio, no puede ser sino obra del pecado. Dios, que le formó á su imagen y semejanza y no tal como hoy le vemos, lejos de abandonarle ó esterminarle despues de su prevaricacion, encuentra en la miseria de la humanidad el objeto de su misericordia y se dispone á ejercerla. Si castiga al ángel rebelde privándole de toda esperanza, es porque obró aquel por impulso propio; pero si antes de fulminar contra los primeros padres culpables la sentencia de su castigo, derrama en sus corazones un bálsamo consolador infundiéndoles la esperanza, es por ser para él mas digno de lástima el que cae vencido por la fuerza de un poder extraño, que el que se arroja por sí mismo en el abismo del mal. He aquí la semilla sembrada en el corazón del género humano, semilla preciosa que a crecer debia trasformarse en frondoso árbol, á cuya sombra, cobijándose la descendencia de un padre desgraciado, habian de serle menos sensibles los ardores del sol de eterna justicia.

Despues de abierta una llaga, hay que buscar el remedio para cicatrizarla. En los horrores de un naufragio necesita el pobre náufrago de una tabla que le conduzca á la ribera y le salve la vida. «Yo pondré enemistades, dice Dios á la infernal serpiente,

y de su semilla nacerá la mujer que aplastará tu cabeza.» ¡Qué sublime y admirable economía de la providencia y misericordia divina! La que fué la primera víctima de la seducción es el instrumento de la reparacion, el principio de la esperanza. Adan y su posteridad, al mirarla como causa segunda de su desgracia, ve en ella la fuente de todo consuelo y de toda felicidad. Una mujer, un madero y una muerte fueron los símbolos de nuestra desgracia: pero como al lado del mal debia presentarse el remedio, desde el dia mismo de la caída prometió Dios al hombre su restauracion, ofreciéndole á María en vez de Eva, la cruz en vez del árbol del paraíso, y por la muerte de Adan la de su unigénito Hijo. Así el dogma de un redentor y de la que habia de ser su madre, quedó impreso en la primera página de la historia de la humanidad pecadora, cuya creencia, siendo el consuelo de los primeros padres y la herencia de sus hijos, fué á la vez la esperanza que renovada de tiempo en tiempo apareció despues mas viva en toda la estension de la tierra.

Nacida la humanidad en el paraíso que fué su cuna, y arrojada de él en castigo de su pecado, crece, se multiplica y habita luego en la redondez de la tierra; mas tarde la estermina el diluvio, librándose de la catástrofe una sola familia, la familia de Noé. Este patriarca recibió de sus padres la promesa, que fué despues confirmada á Abraham, á Isaac y á Jacob, cuyos hijos llevaron siempre consigo esa esperanza, que era su único consuelo y el tesoro de su alma. Si la corrupcion y la idolatría envuelven en horrores y tinieblas todos los pueblos, respetan no obstante al pueblo de la revelacion; pero al través de esas oscuridades todos vislumbran una luz, todos conservan una esperanza. Las fábulas de Grecia y su caja de Pandora, la esclavitud de Prometeo, los secretos de los Egipcios, los oráculos de los Romanos, las misteriosas supersticiones de los Druidas, los libros de los Chinos, los geroglíficos de los Americanos, todos convergen hácia un solo punto, hacia la promesa hecha en el Eden; todas son ramas del grande árbol de la esperanza, cuyo tronco conservó en sus revelaciones el pueblo predilecto. Lo mismo se encuentra esa idea fija en la cabaña del salvaje que en el retiro del poeta, en las espesas selvas drúidicas y en los solitarios bosques del nuevo mundo que en los famosos teatros de Grecia y Roma y en la misteriosa morada de los Parias y de los Lamas. Toda la humanidad conserva esa esperanza, y sintiendo el peso de la esclavitud levanta los ojos al cielo para ver cuando se abre y da paso al libertador prometido; y víctima de la desgracia y presa de

la corrupcion, conoce que por sí sola no puede salir de su abatimiento, que todos sus esfuerzos son impotentes, como los del esclavo que un dia sacude con furor sus cadenas presumiendo romperlas y cae al fin sin lograrlo abrumado de fatiga.

La historia y la razon nos están diciendo que la humanidad tuvo siempre la conciencia de su degradacion, y que conservó al propio tiempo el instinto de su destino. Conociendo el mal, ha mantenido vivo el deseo de librarse de él, y viva tambien y poderosa la esperanza de lograrlo. Supuesto el pecado, y como su necesaria consecuencia el desórden que separa de Dios, el género humano no tenia mas que dos medios de volver á su Criador y sacudir el imperio del mal con sus amargos frutos. Estos medios eran, ó la condonacion gratuita de la culpa, ó su reparacion: la esperanza estaba encerrada en esta alternativa. Dios en su infinita justicia exigió al hombre una satisfaccion equivalente y condigna, en vez de concederle un perdon simple y puro. Así es que en ninguna religion se ha encontrado jamás un monumento siquiera que pueda atestiguar la creencia en la absolucion totalmente gratuita del mal. Al registrar la historia de las religiones, halláanse en todas partes aspiraciones generosas y deseos de misericordia; véanse todos los pueblos reducidos y obligados por un sentimiento universal é irresistible, á espresar que el desórden moral no se cura sin dolor y por consiguiente sin espiacion, que la esperanza de la regeneracion va unida á la idea del sacrificio, cuya universalidad y perpetuidad prueban su necesidad reconocida como condicion impuesta por Dios. Ya sabia el género humano que solo por medio de la sangre se alcanzaba la salud; pero en sus extravíos desconociendo la cualidad de la víctima, olvidó que esta habia de ser mas que un hombre, y fué á buscar, no el cordero inmaculado cuyo sacrificio revelara Dios, sino la sangre de los animales, la del hombre, la de los que ceñian corona, y abismándose mas y mas bajo el peso de su inexorable lógica, la de inocentes niños, que no podia ser jamás digno precio de rescate y baño saludable de purificacion. De este modo la humanidad, esperando la salud y la vida, anunció el sacrificio del Hombre-Dios y rindió homenaje á esta verdad, que fué como la teología de los antiguos pueblos reasumida por S. Pablo en estas pocas palabras: «*Sin efusion de sangre no hay remision.*»

Esa esperanza de los pueblos, espresada con sacrificios aunque impuros, se dirigia á Jesucristo, por quien fué meritoria y eficazmente consumada la obra de la redencion. No tendia sin embargo el

hombre á la sola remision del pecado y á la reconciliacion con Dios; tambien se encaminaba su esperanza en último término á la consecucion del fin que le señaló el Omnipotente en la creacion, y del cual tuvo siempre un vislumbre divino que el pecado nunca arrancó de su corazon, como tampoco el deseo y la esperanza de llegar á su destino. Por mas que el hombre equivocara la senda, experimentó apesar de sus extravíos la necesidad urgente de volver al recto camino que habia abandonado; y vuelto á él, sintió luego renacer el primer deseo, la primera esperanza de elevarse á Dios, de unirse á él y participar de su gloria. El fundamento de esta esperanza, el medio de lograr lo que desea y necesita, es Jesucristo, único camino para llegar el hombre á la felicidad á que aspira aun en medio de sus desórdenes, segun el noble instinto de su naturaleza y la viva tendencia de su alma. Retratándose á sí mismo el grande Agustin nos retrató á todos, cuando exclamó: *Hemos sido formados para tí, ó Dios! é inquieto está nuestro corazon hasta que descanse en tí.* Tal es la primera aspiracion del hombre, el cual siempre desea, siempre se afana, siempre espera. Esto mismo nos está diciendo que no ha llegado á su fin, que se encuentra todavía en el camino y no en el término, que conserva el instinto y la conciencia de lo que debe ser, y que le mantiene la esperanza de lograrlo. Despójese el hombre de esa esperanza, y quedará aniquilado, arrastrando entre la desesperacion y la duda una existencia miserable.

Tiene pues la esperanza por objeto supremo los bienes invisibles del porvenir, las riquezas del cielo, la vista de Dios, su gloria y su amor. Esto anhela la criatura; esto le promete el Criador como una recompensa de la virtud que eleva al hombre sobre la naturaleza corrompida, á cuya altura es aquel incapaz de remontarse por sí mismo, porque están inclinados al mal sus pensamientos y sentidos. Hallándose en esta imposibilidad, necesita de un superior auxilio que le comunique fuerzas sobrenaturales; necesita de la gracia para la virtud, de la virtud para el mérito, del mérito para la recompensa, y de la recompensa para ser feliz. He aquí lo que la esperanza hace desear al hombre, quien no llegará jamás á la posesion de lo que espera sino por Jesucristo, modelo acabado de santidad y fundamento de toda esperanza. Con su sacrificio merece para el hombre la gracia, esa luz celestial, esa inspiracion de la caridad, esa fuerza divina que le habilita para la virtud y le coloca en el verdadero camino de la eterna felicidad; y su sangre purísima, despues de fecundizar el humano corazon, introduce

á los redimidos con ella en la gloria, asequible solamente á los que participan del sacrificio del Calvario, único medio de asegurar nuestra esperanza.

SEBASTIAN VIVES, PRO.

CONSTANÇA DE ARAGÓ.

1284.

«Respira, cor meu, respira,
Que prest del foch que t turmenta
No romandrà ni una 'spira:
Un broll de sang no 'm retgira
Si de sang las tacas renta.

De ta llarga malaltia
Remey será aquexa sang.
¿Qu' importa que noble sia?
Mes en era la qu' un dia
Feu vermell mon manto blanch.

En mitj de tanta grandesa
Qu' als pesars consòl no dona,
De cruèls inimichs ofesa,
Per enganar ma tristesa
Duya d' or una corona.

Mes fins ara 's pod dir qu' era
Reyna solament de nom
L' esposa del rey en Pere:
Que som reyna verdadera
Ben prompte eu veurà tothom.

Res em fa que pugan creure
Que de bronzo un cor abrig.
No 'm quedarán res á deure:
Del cális qu' em feren beure
En beuré mon inimich.

Que plor, sí, qu' ensaboresca
Aquell glop d' amarg verí,
Per agre que li paresca:
Com las gotas d' una bresca
Els seus plors serán per mí.

Y ¡cóm s' engana si espera
Que podrá la compassió
Fer tornar mon bras arrera!
L' esposa del rey en Pere
Arrera no torna, no.

Primer daria á mans plenas
Las joyas de mon tresor,
Mon manto faria benas,
Sang treuria de mas venas,
Trossos faria mon cor.

Que totas las nits encara
Quant estig mitj condormida,
M' arriba una veu ben clara,
La triste ven de mon pare,
Que «mort y venjança» crida.

Venjança, dolsa venjança,
Anys fa qu' envers tu m' empenyen
El desitx y l' esperança;
Pero avuy mon bras t' alcansa,
Avuy mos brassos t' estrenyen.

No 't deixaré; no m' espanta,
No 'm gèla 'l cor el nom teu:
Quant ets justa també ets santa,
Ets un càstig qu' adelanta
L' invisible ma de Deu.

Me venjaré á tota ultransa:
Qu' el botxí son ferro 'smol,
Y axí veurán com s' alcansa;
Qu' aquesta avorrida Fransa
En sentir mon nom tremol.»

Axò 's deya á sí mateixa
La reyna dona Constança,
La muller del rey en Pere,
Qu' en la Sicilia comanda.

En son palau de Messina
Tanta de gent s' ha aplegada,
Que en sa cort mes no 'n tendria
L' emperatriu de Alemanyà.

En son trono está la reyna
Ab la corona posada,
Ab lo pom d' or y lo sceptre,
Distintius de soberana.

Dels infants que tant estima
Un ne vol á cada banda;
Té en Frederich á má esquerra,
A má dreta l' alt en Jacme.

Y sols ells tres allà seuen
En las cadiras dauradas,
Sobre vistosa catifa
De flors vermelles y blavás.

Ornament que sembla impropí,
Del costat la pared tapan
Una folgada cortina
Y un dossèr de negre llana.

De Jesucrist la figura
Imponent allà destaca,
Coronat el cap d' espinas,
En la creu las mans clavadas.

Devant ella resplandexen
De cera groga sis atxas,
Qu' ab la seua llum recordan
Las de trista funeraria.

Y prop d' allà per lo sèrias
De terror el pit conglissan
De set rigurosos jutges,
Vestits de negre, las caras.

Ni se miran, ni sonriuen,
Ni se parlan ab veu baxa,
Y aquella cambra está plena
De cavallers y de damas!

De pàges y de donzellas,
De barons d' antich paratge,
De prelats que duhen mitra,
De guerrers qu' han guanyat fama;

De valents que compartexen
Ab el gran Rotger de Lauria
Lo domini de las onas,
Els perills de las borrascas.

Ey há nobbles de Sicilia,
De la Grecia, d' Alemanyà,
Catalans, aragonesos...
Sols un de francesa rassa.

En Carles príncep de Nápols,
Del tronch d' Anjú noble rama,
Que á n' en Rotger sens afronta
Rendí sa vensuda espasa,

N' es aquest qu' allà se troba
Presoner y en mitj de llançes,
Aguardant que decidesca
De sa vida una paraula.

Ni la tem, ni la provoca:
De sos ulls tranquils no saltan
Ni de fel amargas gotas,
Ni espiras d' encesa rabia.

Sabent á qué 'stá sotmesa
La cega sort de las armas,
Ni l' orgull son front axeca,
Ni 'l dolor son front acala.

Mes fort que son bras de ferro
Quant feria en la batalla,
Un cor té que no 'l doblegan
De la mort las amenassas.

Prou coneix qu' ella s' acosta,
La remor sent de sas alas,
Y la sent com grossa ausina
Els bramuls de la ventada.

Fit á fit la reyna 'l mira,
Y llavonses sí que ratja
Sang mes viva y mes bullenta
De son cor l' antiga llaga!

Del color de las rosellas
Encesas mostra las galtas,
Y del foch qu' en son pit cóva
Respiran p' els ulls las flamas.

Rompent aquell llarg silenci:
«Sabeu, oh jutges, esclama,
Que del rey Manfré som filla?...
Som la filla desdixada!»

Y sa passió rencorosa
Cedint á la pena amarga,
Son esperit li flaquetja,
Y sos ulls en plors esclatan.

«No ploreu, aquells responen,
Senyora, seréu venjada.

Del rey Manfré la memoria
Lo temps no ha sborrad encara.

Del rey Corradí l' afronta
Hem pesad en la balansa:
Cap per cap es la justicia,
Mort' per mort la lley demana.»

—Demá... y s' atura.

—Reyna!

Diu el príncep ab gran calma,
Si fos encara possible
Demanaria una gracia.

—No ey ha mercé.

—Es tan petita!

—Y es?

—Morir quant la campana
Toqui á las tres del capvespre
La tercera batayada.

—Per qué axi?...

—Demá es divendres,

Mon calvari es una plassa,
Y en el seu en aquest' hora
Mon Redemptor espirava.

Commoguda, com si fössen
Tan pocas y humils paraulas
Ferest trò d' una centella
Que rebentás dins la cambra,

La reyna s' axeca dreta,
Gira el cap, y sas miradas
En la figura tropessan
Que baix del dosser ressalta.

Gran bateg el cor li dona,
Mut gemeg son pit exhala,
Y ab sa veu que li tremola,
Pero veu ben estil-lada:

«Barons, diu, en Catalunya
Lo rey mon espòs s' encuantra,
A ell li pertany fer sentència
De tal príncep en la causa.

Si mon perdó necessita,
Lo té ja, qu' á mi no 'm bastan
Els lloers que se mostian,
Els lloers qu' ab sang se guanyan.»

Com estorats tots se quedan
Mentres qu' ella s' adelanta,
Al príncep besa en la boca,
Y sa má dreta li allarga.

Y ningú 's tem que sa 'squerra
Compriment son pit estava,
Y que 's deya á sí mateixa:
«¡Calla, cor meu, calla, calla!

No 'm recordis que som reyna,
Recòrdem que som cristiana,
Que Jesucrist es mon mestre,
Que Jesucrist es mon pare.»

CRÓNICA.

La basílica de San Vital, obra del siglo V, es una de las iglesias más renombradas por el precio y número de los grandes recuerdos históricos que encierra: forma parte del convento de San Andrés del Quirinal noviciado de jesuitas, y se halla por lo mismo á cargo de estos padres representados por el padre Nannerini. San Andrés fué destinado á caballerizas reales para que los caballos del galantuomo paseen por donde los santos oraban; esto nos sirvió de gran dolor, pero faltaba lo principal. El día 23, mientras los fieles estaban en ejercicios religiosos en la basílica aneja, entraron, por supuesto con morrión puesto, el coronel de ingenieros Caravaglia, el arquitecto Reibaldi, el escribano Tirabelli y dos gendarmes armados.

Sin aviso previo y con las formas peores posibles, echaron fuera á los fieles, dirigiéronse á la sacristía, y Caravaglia intimó al padre Nannerini la órden de que dentro de veinticuatro horas quedara desocupada la iglesia de todos los *trastos* (sic) para proceder á su inmediato derribo, como comprendida en el área de San Andrés. El padre Nannerini protestó contra tal escándalo y fué en seguida á dar parte al cardenal vicario: este lo anunció á su santidad, y sé que el siempre valeroso Pío IX no pudo contener las lágrimas de pena, y que afligido ordenó al cardenal vicario que en el acto presentara una protesta de este nuevo atropello que se infiere, no solo al culto, sino á las riquezas de arte é historia. El prefecto Gadda recibió la protesta que elevó al consejo de ministros, y mientras estos acuerdan, dispuso la suspension del derribo. ¡Oh Providencia! Pío IX llora y suplica á los hombres de la civilizaci6n moderna que no apliquen la piqueta á las obras del arte y del ingenio!

El domingo de Septuagésima 28 enero recibió el papa en la sala del consistorio á 600 ciudadanos romanos de la parroquia de San Vicente y San Atanasio. Presidia el párroco esta numerosa comisi6n, de la cual formaban parte sus más ilustres feligreses, entre otros el duque de Sora y el conde Adolfo Pianciano. El papa entró en el sal6n al medio día. Al verle, todos prorumpieron en aplausos y aclamaciones, leyéndose despues un notable mensaje, al que su santidad contestó en estos términos.

«Los nuevos testimonios de fidelidad y de amor que casi diariamente recibo son una solemne prueba de la proteccion de Dios hácia esta ciudad y sus habitantes, que no los recuerdan semejantes desde que tienen uso de razon.

»En el Evangelio de hoy, valiéndose Dios de los medios que acostumbra, entre ellos el de la parábola, nos ha dado á conocer como el dueño de la viña envió á los trabajadores, diciéndoles que si hubiesen trabajado habrían sido pagados abundantemente.

»Lav iña es su Iglesia; los trabajadores somos yo, vosotros y todos los buenos católicos. Dios nos ha enviado á esta viña, y debemos trabajarla para que produzca su fruto, para que lo produzca con la enseñanza de los sacerdotes, con los consejos de los padres de familia, con la obediencia de los súbditos, con las órdenes de los superiores. Los padres de familia, en estos tiempos, más que en otros algunos, necesitan pedir á Dios que funestos asista con la divina gracia á sus hijos para librarles de las asechanzas del enemigo que es el demonio, y de los demonios encarnados que impunemente pasean por las calles de esta santa ciudad.

»No desconozco cuán difícil es el trabajar en medio de estas dificultades; mejor se trabaja en días tranquilos. En los presentes tiempos se rinden los brazos; tantos son los obstáculos, la envidia y las persecuciones. Hay aquí iglesia protestante, estímulo para la inmoralidad, horribles caricaturas que hablan contra la fe de Jesucristo. Pero debemos dar por eso *manus vincatas*? No; *non coronabitur nisi qui legitime certaverit*. La corona de la inmortalidad será tanto más hermosa cuanto mayores fatigas cueste el alcanzarla.

»Animo, pues, queridos hijos. Trabajemos todos en esta viña de la Iglesia de Dios, planteada por Él, regada por la sangre de su Unigénito, protegida constantemente por su

mano. No, no será jamás posible que la impiedad, que ahora triunfa en Roma, permanezca victoriosa. Esta firmísima roca, sobre la cual Dios quiere que esté su Iglesia, será lavada, purgada, pero despues Dios nos dará la victoria.

»En verdad que tendiendo la vista alrededor no se vé esperanza. Pero hay una, y es esta agitaci6n universal de los hombres que querrian volver á las vias del bien. Sienten necesidad de paz; necesitan ser libres en el cumplimiento de sus más sagrados deberes. Este sentimiento y esta necesidad son cada vez más generales, y esperamos que venga pronto el día en que haya *gran tranquilidad*.

»Otras cosas os diría si mi ligera indisposici6n no me causara todavía alguna molestia. Terminó dándolos á todos y á vuestras familias mi bendici6n. Ruego á Dios que sostenga mi brazo en el momento en que le alzo hácia él para bendeciros. (Aquí el papa se sintió conmovido, y sus ojos, como los de todos los presentes, se cubrieron de lágrimas.) Mis brazos, cansados ya por la edad, necesitan ser sostenidos como los de Moisés. Ojalá esta bendici6n descienda sobre vuestros corazones, y aumente en ellos la firme confianza en Dios, y baje sobre vuestros hijos manteniéndoles fieles á sus deberes.»

En la audiencia que el papa concedió días pasados á los generales de las órdenes religiosas de que hemos hablado, pronunció las siguientes enérgicas palabras:

«Como yo, vosotros estais espuestos al peligro, y como yo lo soy, vosotros sereis fuertes. Ellos (los enemigos) dicen que son fuertes; pero la verdad es que son débiles. A fin de engañar al mundo, proceden alguna vez con ficticia moderaci6n, y pretenden conciliaci6n. Pero la conciliaci6n es imposible, porque la justicia es una, indivisible, y no transige jamás con el mal.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LOS JESUITAS.

Sin ninguno de los artificios retóricos que suelen emplearse para avivar el interés y tener mejor preparado el ánimo de los oyentes, sin ninguno de los ingeniosos rodeos que sirven, como si dijésemos, para buscar el mejor flanco del asunto que ha de tratarse, el jóven sacerdote D. Miguel Maura entró desde luego en materia, abordándola de frente con la seguridad y firmeza, no solo de quien la posee á fondo, sino de quien tiene de su parte la razon y la justicia. No iba á manifestar sus opiniones acerca de un punto controvertible, ni á proponer las soluciones más aceptables de un problema, sino á discurrir sencillamente sobre una materia, que sin entrar en la categoría de los dogmas, nada tiene ya de problemática para los católicos verdaderos. «¿Quiénes son, preguntó, esos hombres á la vez tan encomiados y tan calumniados, objeto por una parte de una proteccion tan decidida y por otra de una persecuci6n tan tenaz y violenta? ¿Qué instituci6n es esta que apenas nacida ciñe con sus brazos ambos hemisferios, que muere en la plenitud de su vida sin haber conocido la debilidad de la infancia ni la flaqueza de la vejez, que renace como el fénix de sus cenizas, sin que este fenómeno produzca el menor asombro, tan natural era esta resurrecci6n? ¿Qué órden es esta que en solos dos siglos de existencia llenó el orbe con la fama de su nombre, y que desde su renacimiento se atrae las más vivas

simpatías ó despierta los mas infundados temores? ¿De dónde proviene que sea tan marcado el contraste que ofrece, teniendo de un lado tantos amigos y de otro tan encarnizados enemigos, sin que para nadie sea indiferente la mision que desempeña? Si el amor es merecido, ¿cómo puede ser el odio justificado? No podemos saludar una ciencia, abrir una obra literaria, acercarnos á los estantes de una biblioteca, no podemos surcar remotos mares, ni atravesar desiertos páramos, ni internarnos en seculares y desconocidos bosques, sin encontrar la huella, el nombre, la gloria de algun jesuita. Y este nombre, esta gloria, subordinada siempre al sostén, á la propagacion, al esplendor de la fé católica, no puede menos de excitar las iras de los que franca ó embozadamente abrigan sentimientos hostiles á la causa del catolicismo. Los que no creen en la divinidad de su origen, naturalmente juzgan que podrán combatirle con mejor éxito siempre que logren deruir al que ellos mismos tienen por uno de sus mas firmes baluartes; he aquí la razon de dirigirle sus tiros con tan rudo encarnizamiento, y he aquí la razon porque la obstinada guerra á los jesuitas se convierte para ellos en una gloria inmarcesible.»

Ya en otra ocasion el mismo orador habia hecho observar que en todas las situaciones críticas de la Iglesia la creacion de un nuevo instituto religioso ha sido el medio de que Dios se ha valido para conjurar el peligro de que se veia amenazada. Sin ellos hubiera subsistido así mismo, dotada como está de una inmortalidad indestructible; pero con ellos la divina providencia la pertrechaba contra los embates de sus enemigos, al mismo tiempo que hacia resaltar su fecundidad admirable. Y épocas mas críticas, mas calamitosas para la Iglesia que los primeros años del siglo décimo sexto, no se cuentan muchas en la historia. El orbe conocido acababa de ensanchar sus confines, la civilizacion entraba en un período floreciente, habia tomado un grande vuelo el estudio de la literatura pagana; y el espíritu de rebeldía hijo del orgullo humano, sutil ó atrevido segun las circunstancias, no se contentaba ya con sublevarse contra uno ú otro dogma, como los hereges antiguos, sino que los atacaba á todos, atacando la raiz de la fe que es la sumision á la autoridad de la Iglesia. Proclamar el libre exámen era arrojar por todas partes los gérmenes de la duda en materias religiosas; y harto claro ha demostrado la experiencia cuanto es el trecho que media desde la duda á la negacion. Era pues necesario que al lado de la cuna del protestantismo se levantase la cuna de otro atleta infatigable siempre dispuesto á luchar con él á brazo partido. Este nuevo atleta, que vino á reforzar la vigorosa hueste de los que combatian bajo la enseñanza del catolicismo, es el instituto de los jesuitas. Teólogos eminentes, hábiles controversistas, profundos escriturarios, dotados de vasta erudicion y de no vulgares conocimientos en todo género de estudios eclesiásticos y profanos, bien claramente han demostrado que sabian esgrimir las armas de que blasonaban sus adversarios, que el protestan-

tismo no puede sostenerse en el terreno de la ciencia, y que el éxito de sus primeras conquistas lo debió al funesto orgullo, al sórdido interés y á otras no menos siniestras pasiones.

Llevado Jesucristo ante los tribunales, sus acusadores produjeron falsos testigos que declarasen algo en que fundar la sentencia de muerte que solicitaban; pero estos discrepaban en sus testimonios, poniendo así en evidencia la iniquidad y malicia del plan que habian concebido aquellos. Al jesuita se le hacen los cargos mas contradictorios: con tal de formular contra él un capítulo de culpas, no se repara en que la afirmacion de unas sea la negacion de las otras. Se le acusa de revolucionario y de adulador de los príncipes, de corruptor y de estrechamente rígido, de astuto y de marchar á sus fines á cara descubierta, de complaciente con los vicios y de hacer ostentacion de una moralidad sobrado austera, de aseglaramiento y de gazmoñería. Al defender los fueros y la libertad de la Iglesia contra los regalistas, se le ha llamado revolucionario; al predicar á los trastornadores del orden público, sumision y obediencia, se le ha tenido por amigo del despotismo; al sostener contra los jansenistas la suavidad del yugo evangélico, se le ha imputado la relajacion de las costumbres; al tronar contra el desbordamiento de las pasiones, ha pasado por intolerante, por rígido en demasía. Por sus vastos conocimientos fuera del círculo de las ciencias eclesiásticas le han tachado de profano, por su recogimiento de misántrope, por su infatigable celo por la salvacion de las almas de avasallador y ambicioso, por su habilidad y larga esperiencia en la enseñanza de la juventud, en la direccion espiritual de las personas timoratas, en la resolucion de los problemas que afectan á la conciencia individual, de intrigante que aspira al dominio de las sociedades. Los enemigos de los jesuitas no se han descuidado en rebuscar y amontonar cargos que se destruyen mutuamente: *Non erat conveniens testimonium illorum.*

Y siendo tantos los enemigos de los jesuitas, ¿quiénes son sus amigos? Quiénes? Busquemos en los altares las imágenes de todos los varones ilustres que morán en el cielo y moraron en la tierra despues de la fundacion de la Compañía, tales como un San Felipe Neri, San Carlos Borromeo, Santa Teresa de Jesus. Busquemos entre nosotros todas aquellas personas que se distinguen por la integridad de su fe, por la ejemplaridad de su vida, por su piedad fervorosa, por la práctica sincera de las virtudes cristianas. Y sin hablar de tantos sabios de los tres últimos siglos, reunamos los de nuestros contemporáneos que han brillado por la solidez y profundidad de sus escritos en favor del cristianismo. El orador citó una porcion de nombres ilustres pertenecientes á diversas naciones, bien que bastase el haberse referido en España á Balmes y á Donoso.

Esta noche disertará por segunda vez sobre la *Armonía de las clases sociales* el Sr. D. Juan Massanet y Ochando.